

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Miércoles, 14 de Enero de 2009

LA BARCA DE CARONTE. VIGESIMONOVENO CAPÍTULO. NEFERTARI.

Santiago vive en un barrio acomodado de Zaragoza. Es un hombre solitario. Nunca se ha visto en la necesidad de rodearse de una familia, como el resto de los normales. Compró su piso, a unos minutos del Pilar, hace unos cinco años. Trabaja como controlador aéreo en el aeropuerto zaragozano. Todos los días, Santiago llega a casa, pone un DVD que alquila en el videoclub que tiene debajo de su bloque, y cena tranquilamente. Cuando las once de la noche han sonado en su inmenso reloj de pie, decide que ya ha llegado el momento de descansar y reponer fuerzas para el día siguiente. La rutina domina completamente la vida de Santiago. Incluso los fines de semana, se repiten una a una las mismas escenas, excepto los sábados, que recoge su bicicleta del trastero, y marcha por la ciudad para intentar despejarse un rato. Pero desde hace unos días, Santiago se nota raro, como extraño. No se siente plenamente bien. Se mira frente al espejo de su baño, y a veces cree contemplar a un extraño, cuando no es sino su rostro el que se está reflejando.

Hace unos días, mientras se dirigía a toda prisa, como siempre, hacia la pista de aterrizaje, sufrió una enorme sensación de mareo y descontrol de cuerpo. Quería gritar, pero no podía. Algo se lo impedía. Cuando pudo recobrase por completo, estaba en la sala de enfermería del aeropuerto. El médico le contó todo lo sucedido. Se había desvanecido sin haberse dado cuenta. En mitad de la pista de aterrizaje. Por suerte, un operador de la torre de control se percató y dio aviso inmediatamente. Había tenido mucha suerte. Los hechos habían asustado a Santiago, y decidió que no dejaría para más tarde aquél chequeo que ya llevaba esperando durante muchos años.

Los resultados del chequeo son concluyentes. Aunque Santiago no padece ningún tipo de problema grave, sin embargo, las radiografías y los tomogramas cerebrales habían detectado algo. Y no era fácilmente explicable. En la radiografía de su brazo derecho, por debajo del radio, el doctor encontró algo que definió como una antena muy fina y con una punta redonda en su extremo más próximo a la mano. En la radiografía del fémur de su pierna izquierda, apareció alojado dentro de él un artefacto que el médico solo pudo definir como una cinta de casete milimétrica. Por supuesto, cerca de esas zonas, Santiago tenía unas cicatrices, correspondientes a unos pequeños cortes. Cortes, que, según el doctor, ningún cirujano de nuestro planeta hubiera sido capaz de realizárselos. En la tomografía cerebral, Santiago presentaba una anomalía justo en la parte frontal, detrás de las cuencas oculares. Allí, el nivel de actividad cerebral se había multiplicado casi por diez mil millones con respecto a los niveles normales para un hombre de su edad. No, no era precisamente normal lo que los doctores fueron capaces de detectar en el chequeo a Santiago.

Santiago estaba compungido, y una sensación de impotencia muy grande le recorrió todo el cuerpo. ¿Qué le había ocurrido? Él no recordaba que nadie le hiciera nada. No recordaba la presencia de esas cicatrices milimétricas. No se había percatado porque el tamaño de las mismas impedía que lo hiciera a simple vista. Pero mantenía la sensación como de llevar, de portar algo extraño dentro de él. Algo no iba precisamente bien, pese a que se encontraba más sano que una manzana. Lo cierto es que algo aterraba a Santiago. Porque, y sin haberse percatado, había comenzado a recordar cosas. Cosas que antes no estaban ahí, no estaban en su memoria. Cosas maravillosas. Una enorme explanada ajardinada con un césped muy verde. Un cielo verdoso, pero intenso, con nubes azules. Al fondo, un sol morado deslumbrante. Y logró recordar un nombre: *Nefertari*. ¿Quién era Nefertari? ¿Qué era Nefertari? Y Santiago comenzó a darle vueltas y más vueltas al asunto.

Santiago no ha tenido más remedio que pedir la baja médica. Estaba bastante consternado como para que pudiera ir a trabajar normalmente. Un controlador aéreo tiene bastantes responsabilidades en su trabajo, como para no poder trabajar eficazmente. Mientras seguía el tratamiento médico, Santiago quería volver a recordar cosas. Pero solo recordaba aquél bellissimo paisaje, y una palabra... Nefertari. Sentía que si seguía por ese camino, podía terminar loco. Y no quería que eso sucediera. Pero su curiosidad y su necesidad imperiosa de encontrar explicación a todo lo sucedido pudieron con su temor. Una mañana de esas en las que Santiago seguía dándole a la cabeza, Santiago se percató de algo que no era común. Nunca se lo había planteado así, pero, efectivamente, si algo o alguien le hizo lo que le hizo, debió hacérselo cuando él no fuera consciente. Y la única forma de que eso sucediera era hacérselo mientras dormía. Mirando durante un largo rato a su cama, logró encontrar algo que le sobresaltó. En la cabecera, que era de madera de roble, había quedado como grabada a fuego, la huella de algo. Santiago pensó que era una mano. Pero solo se lograron grabar tres dedos, enormes dedos. Santiago paseó las yemas de sus dedos, y pudo percatarse de que, como intuía, la huella era una quemadura de la madera. Algo o alguien había rozado el cabecero de la cama y lo había tostado. De hecho, pudo arañar con sus uñas, y pudo raspar el carboncillo que todavía quedaba en la cabecera.

Decididamente, Santiago instaló un equipo de grabación de video por todo su piso. Quería saber, si como se conjeturaba, algo o alguien lo visitaba aprovechando la noche. Puso detectores de presencia en todas las habitaciones. Y contrató el servicio de seguridad que otros vecinos de su bloque ya tenían contratado. Pero la técnica no le dio ningún resultado. Santiago pasaba las noches intentando averiguar si algo profanaba su hogar. Pero no logró aclarar nada. Todo permanecía tranquilo y sosegado. Una mañana, Santiago nada más levantarse pudo escuchar unas fuertes pisadas sobre la tarima flotante que tenía en el salón, pisadas típicas de alguien que huye cuando sabe que puede ser descubierto. Inmediatamente se lanzó como un jaguar hacia el salón. Pero no encontró a nadie. Sin embargo, un recipiente que guardaba sobre una estantería relleno de arena se había precipitado sobre el suelo. Y allí pudo grabar las huellas, las pisadas de algo. Y digo de algo, porque no era un pie precisamente lo que quedó grabado sobre el suelo cubierto de arena de su salón. O al menos, no eran pisadas humanas. Se repetía la misma forma, la misma figura que tenía marcada sobre su churrascada cabecera en la cama. Revisó los videos y el equipo de detectores de presencia. Pero no obtuvo nada. Sin embargo, pudo percatarse de algo que le puso los pelos de punta. Una de las cámaras la tenía enfocada hacia el enorme reloj de pie que tenía en el salón. Pues bien, la cámara grabó ni más ni menos que cuatro horas en las que las agujas del reloj no avanzaban. Y era muy curioso, porque el péndulo si que se empeñaba en balancearse, como si todo fuera normal. No había duda, algo había manipulado el reloj. O quien sabe si el tiempo. Además, otra de las cámaras que enfocaba al televisor, pudo detectar algo que corroboraba su teoría de que algo le visitaba por la noche. Encima del televisor tenía un pequeño recuerdo que no era más que un caballito con un jockey que apretando en su cabeza se movía imitando el

movimiento del caballo al cabalgar. Pues, y para asombro del propio Santiago, el caballito estuvo cabalgando durante unas tres horas y media. Como si un resorte invisible intentara divertirse con él. Santiago no daba crédito a lo que estaba comprobando. Y revisó varias veces las grabaciones. Pero no debió revisarlas muy bien. No al menos al nivel que lo hicieron los expertos en videoimagen que se encargaron de estudiar las grabaciones. Había un fotograma, solo uno en todas las cintas que Santiago les presentó, que resultaba desconcertante y demoledor. En él, a modo de flash, un flash que surge de repente del centro del pasillo del piso de Santiago, quedan registradas dos siluetas, perfectamente dibujables. Se percibía algo que podía ser una cabeza, más o menos del tamaño de una manzana. Se percibían dos enormes brazos que colgaban hasta el suelo, pero no se percibían ni manos ni pies. El cuerpo resultaba bastante abultado a la altura de la cadera, o lo que quiera que aquello fuese.

Santiago ha vuelto finalmente a su puesto de trabajo. Y su vida parece que ha vuelto a ser la misma. La policía científica archivó su caso hace unas semanas. Pero Santiago no. Y de vez en cuando vuelve a recordar todo. Pero sobre todo, aquél maravilloso mundo, aquél maravilloso paisaje que no podía borrar de su mente. Y esa palabra que continuamente le rondaba por la cabeza. *Nefertari...Nefertari...Nefertari...*